

Jorge Kattán Zablah

Dedicado a Luisa Osdoba

Dicen las malas lenguas que en la desaparecida Biblioteca de Alejandría había tres salas enteras, con sus respectivos anaqueles repletos hasta el copete, de gruesos volúmenes cuyo único objetivo era vilipendiar a las suegras. Algo parecido sucede hoy en día en la Biblioteca del Vaticano, pero el número exacto de esas salas se desconoce, porque por un acuerdo cardenalicio de la época del Pontífice Celestino I, quien fuera timonel de la Iglesia Católica allá por el año 422, se le confirió a ese espinudo asunto la categoría de secreto absoluto; pero, claro, lo dicho no ha impedido que en las raudas alas del chisme flote el rumor de que son cinco.

Establecidas estas curiosidades de carácter factual, conviene aquí hacer un poco de gimnasia intelectual. Es innegable que hay suegros bonachones, liberales y joviales, y que, a la par de éstos, los hay también pícaros, cínicos y pendencieros. Lo mismo puede decirse de las suegras, pues en la Viña del Señor las encontramos de toda laya: desde las finísimas, de admirables modales, generosas, virtuosas y de profundos sentimientos, hasta las vitriólicas, egoístas, entrometidas y patológicamente celosas. Por estas simples razones, y siendo así las cosas, nunca he atinado a comprender por qué de la figura del suegro no cuelga ningún malintencionado San Benito, como ocurre con la de la pobre suegra, y por qué al suegro nadie le ha dedicado ni siquiera un miserable libro de escasas páginas.

Estas líneas no pretenden ser ni por asomo una apología de este personaje femenino tan anatemizado, porque no hay duda, como quedó establecido anteriormente, de que las hay perversas en grado sumo. ¡Y claro que las hay!

Para subrayar este punto, escuchemos la lamentable historia de un pobre yerno que por muchos años se sintió blanco de los dardos envenenados de su suegra. A ver, ¡acerquemos el oído!

*Leopoldo Urrutia llevaba más de seis años de casado o, mejor dicho, de sufrimiento, de calvario, de martirio. Y no porque Antonia, su joven y hermosa esposa, le fuese infiel o le diese malos tratos. ¡No, ni mucho menos! Eran años de infinita tortura a raíz de la intromisión constante de su suegra en todas las cuestiones relativas a su matrimonio, por insignificantes que fuesen.

En la cantina, sus amigos íntimos lo habían visto gimotear y derramar genuinos lagrimones de dolor. Y ellos, que sabían muy bien la razón, pues Leopoldo les había hablado a calzón quitado sobre su tormento, le recomendaban que se pusiera los pantalones y que no permitiera, por nada del mundo, que doña Ursula, que tal tenía por nombre su suegra, mandara despóticamente en su hogar. Porque, para referir las cosas tal como sucedían, ella era la que decidía en materias concernientes a la educación de sus dos nietos, la que determinaba la forma en que debía vestirse su hija y hasta seleccionaba la comida que se serviría en la mesa cada día de Dios. En otras palabras, las narices de su suegra estaban presentes en todos los rincones de su hogar, y su conducta hacía que el desventurado Leopoldo se sintiera disminuido, empequeñecido y hasta difuminado. Se imaginaba a sí mismo como un monigote pintado en la pared, sin voz ni voto en los asuntos familiares. Por otra parte, carecía de suficiente valor para encarar la situación por temor a que sus relaciones con Antonia terminaran en divorcio, teniendo que separarse de ella y de sus chicos, a quienes él tanto amaba, cosa que sólo serviría para agudizar todavía más su sufrimiento y que resultaba muy contraria a sus propósitos.

Los ojos hundidos de doña Ursula, realzados por unas cejas rectas, muy separadas la una de la otra, proyectaban una mirada casi siniestra; su amplia mandíbula inferior desembocaba en un mentón puntiagudo; su boca diminuta revelaba ausencia de labios; y su nariz grande, bastante aplastada, exhibía a los cuatro vientos unas fosas nasales casi equinas. Era propietaria de una cabeza voluminosa, adornada de pómulos prominentes y de carrillos mofletudos, cabeza que parecía empotrada directamente en el tórax debido a la ilusión óptica producida por su mezquino cuello.

Para coronar su descripción, esta mujer poseía unos brazos ostensiblemente cortos y rollizos, era de muy malas pulgas e infundía acusado terror en el pobre yerno que ya de por sí padecía de estreñimiento anímico.

Discutir, pues, la raíz de su desconsuelo y aflicción con su suegra o con su mujer habría sido como hablar con la pared. De eso no le cabía la menor duda.

En honor a la verdad, Leopoldo contempló mil maneras de desembarazarse para siempre de doña Ursula, pero ninguna le satisfizo por completo. Incluso durante varios días albergó en lo más oscuro de su ser la medular idea de matarla, de acabar con ella en forma cruel, sanguinaria; pero luego de cavilar sobre el asunto, la desechó. Y tal vez no le sobrara razón porque su esposa jamás se lo habría perdonado y ese mismo acto habría hecho que se desmoronara su matrimonio, que era precisamente lo que estaba tratando de proteger y salvar. En fin, tras darle vueltas y vueltas a la cuestión en su magín, optó por tomar la decisión que más le convenía, según se lo dictaba su febril cerebro: ¡quitarse la vida! Sí, quitarse la vida, pues el resultado de haber barajado y barajado tantas premisas y silogismos en su mollera arrojaba una ineludible e inequívoca conclusión: ¡que estaba ante un enemigo implacable, imposible de vencer, y que era él quien en realidad salía sobrando, ya que había sido reducido a un cero a la izquierda!

Leopoldo, para decirlo sin eufemismos, decidió adoptar una manera frontal y no sesgada de encarar sus agudos problemas.

Con esa macabra idea girándole sin cesar en la cabeza, se dirigió con redoblados pasos hacia el cementerio, donde, tras buscar y rebuscar por aquí y por allá, encontró el lugar que se le antojó más apropiado para que enterraran su mortificada existencia. Y la verdad es que el sitio que escogió para que lo inhumaran era bastante acogedor, pues estaba localizado al pie de una loma poblada de gran variedad de flores silvestres que servía de hábitat a bandadas de pájaros multicolores, que con sus trinos, gorjeos y parloteos producían suaves y acompasadas melodías. Pero lo que más contribuyó a que se inclinara por ese lugar para tal mórbido propósito fue el hecho de que justo en la cima del cerro y a modo de atalaya había una blanquísima virgen esculpida en mármol de Carrara, con sus brazos abiertos, que, a juicio de Leopoldo, velaría su eterno sueño e impediría que jamás de los jamases fuese interrumpido. Aparte de lo dicho –se consolaba el aturcido yerno–, su violenta muerte quedaría grabada en los ignominiosos archivos de la eternidad, sirviendo así de escarnio para tantas suegras malvadas.

¡Dicho y hecho! Compró su lotecito, un lotecito de medida standard: de metro y medio de ancho por tres de largo. Acto seguido, se puso a escribir una carta en la que le daba a su esposa las instrucciones precisas sobre su funeral, poniendo énfasis en el lugar donde tenía que ser enterrado.

En fin, un radiante día de verano, cuando la mañana canicular se escurría por el sudoroso mediodía,



Jorge Tamés y Batta, 2005 (México)

valiéndose de una navaja de barbero prestada, se quitó la vida sin ceremonia alguna. Y su esposa cumplió a pie juntillas lo que su marido, con una letra asmática y tartamuda, había estipulado en la carta.

El sepelio estuvo muy concurrido. Hasta su propia suegra, el ogro de doña Ursula, asistió, derramando incontables lágrimas de cocodrilo, y no regresó a casa hasta que el cuerpo de Leopoldo fue depositado en el fondo de su tumba.

¡Pobre Leopoldo! Si no hubiera actuado con tanta precipitación y se hubiera fijado un poquitito en las facciones de aquella marmórea virgen en quien había depositado el encargo de velar su sueño eterno, jamás habría permitido que lo inhumaran en ese lugar, porque al parecer, por un designio de los once mil demonios, había en aquel rostro inmóvil, pético, una figura que le habría sido muy familiar: sus ojos hundidos, realzados por unas cejas rectas, muy separadas la una de la otra, proyectaban una mirada casi siniestra; su amplia mandíbula inferior desembocaba en un mentón puntiagudo; su boca diminuta revelaba ausencia de labios; y su nariz, bastante aplastada...

Y allí estaba aquella virgen, con sus brazos ostensiblemente cortos y rollizos, abiertos de par en par, como diciéndole en son de chanza: “¡Leopoldo, grandísimo bobo, te has salido del fuego sólo para caer en el brasero!” ☒

Jorge Kattán Zablah. Abogado y doctor en Letras salvadoreño. Autor de cinco libros de cuentos. Director Emérito del Departamento de Español en la institución Académica *Defense Language Institute*, en California, EUA. Director honorario del grupo *Francachela* en Estados Unidos. Miembro correspondiente de la Academia Salvadoreña de la Lengua Española. Reside en Carmel, California, EUA.